

LIBRO VI .

DON FELIPE DE MENDOZA



Capítulo I

El único remedio

El eco había cesado de repetir el ruido del galope del caballo de Delgadillo, y cerrada la ventana de la habitación de Esperanza Ponce, el silencio habíase restablecido por completo.

Los dos hermanos Alvar y Rodrigo salieron al fin del espeso grupo de gigantescas malezas en que habíanse conservado ocultos.

Hasta entonces ninguna palabra habían cruzado.

Si la claridad de la noche hubiese sido mayor podría haberse notado la mortal palidez del rostro de Alvar.

El de Rodrigo estaba por el contrario rojo de indignación.

Durante un breve espacio ambos hermanos continuaron dirigiéndose al gran portón, y hallándose ya cerca de él, Alvar se detuvo.

—¿No entramos?—preguntó Rodrigo.

—No lo sé—respondió Alvar.

—¿Que no lo sabes? no entiendo: ¿quizás nuestra casa te causa horror?

—¿Quizás!—contestó con amargura Alvar.

Rodrigo dejó escapar una exclamación de enojo é impaciencia y replicó:

—Alvar, si el amor que nuestros padres te han demostrado siempre no me hubiese hecho saber que su hijo eres, dudaría yo si eres un Ponce y un hermano mío.

A lo que Alvar replicó con sereno y afectuoso acento:

—Y si mi corazón no me inclinase, como en efecto me inclina, á amarte con fraternal cariño, á mi vez dudaría yo de la bondad de tus sentimientos.

—¡Alvar!

—Lo repito, Ponce soy, porque ninguna amenaza, ni aun hecha por tí, me intimida.

Inútil es, pues, que á una violencia me provoques.

Soy tu hermano; no puedo ser tu enemigo.

Si tú te sientes con fuerza para serlo mío, hiéreme pronto y ten la seguridad de que moriré perdonándote y bendiciéndote.

A esto repuso Rodrigo con voz alterada por la emoción.

—¡Alvar! mal é injustamente me juzgas; yo no puedo herirte con premeditada intención.

Si te he ofendido, discúlpame porque sin pensarlo te ofendí.

Pero convén conmigo en que la postración en que ha caído tu ánimo después de haberte enterado de las misteriosas ocurrencias á que se han referido nuestra hermana y Delgadillo, pudiera ser tomada por mí como una censura de los causantes de ellas.

—¿Nuestra hermana y Delgadillo han hablado de asesinatos cometidos por los Ponce y no quieres que yo los deplora y condene?

—Suspende tu juicio, Alvar, y no condenes lo que no merece ser condenado.

—¿No lo merece, dices?

—No lo merece.

—Y aun dado por hecho que un crimen no pueda ser condenado ¿el perpetrado por los Ponce se encuentra en ese caso?

—Si se encuentra.

—¿Por qué entonces vosotros que lo sabéis me lo habéis á mi ocultado?

¿Por qué y en qué circunstancias lo cometisteis que pudo pasar inapercibido por mí?

—De una y otra cosa, no nosotros, sino tu carácter tiene la culpa.

—¿Qué tiene que ver en ello mi carácter?

—Mucho, Alvar, abstraído y soñador en grado supremo, tú has sido siempre quien de nosotros se ha alejado, y no nosotros de tí.

Abstraído y soñador en grado supremo, en nada te fijas, á nada das importancia, y miras sin ver, y escuchas sin oír.

Bien sabemos todos cuanto nos amas y bien quieres, pero tu amor y tu cariño ni nos busca ni con nosotros te relaciona.

Nacido más bien para pastor de una poética Arcadia que para miembro de una familia de guerreros, admiraste siempre las hazañas de nuestro padre, sin envidiar jamás sus gloriosos hechos, sin que nunca su relato despertase en tí la emulación.

A estas tus extrañas aficiones hemos debido y continuaremos debiendo la conservación de nuestros escasos recursos, y el pan que cada día nos sustenta.

Desde niño tu pasión ha sido el campo.

En él has vivido de un sol á otro sol, y durante la mayor parte de los días de tu vida, sólo te se ha visto en nuestra casa á la hora de recogerte en el lecho en que reposas de las fatigas que te impones para labrar y mejorar nuestras tierras.

A esa laboriosidad de jornalero, á esa afición rústica, débese y no á otro motivo la ignorancia en que estás de nuestros asuntos de familia.

¿Hemos hecho mal, quiénes como yo no pensamos del mismo modo, en respetar tu alejamiento y en no haberte enterado de esos asuntos de familia?

Si alguna vez pude dudarle, hoy ya no dudo que hicimos bien y cuerdamente.

La casualidad que nos llevó á espiar en su entrevista con Delgadillo á nuestra hermana, alzó ante tus ojos una punta del velo que esos misterios encubre, y ya lo ves, el peso de la fatal revelación te oprime y ahoga, cuando más ánimo y más valor debiera infundirte, puesto que ya sabes que se medita la deshonra y descrédito de los Ponce de León.

Y es que tu espíritu rústico y cándido se asusta de sólo oír la palabra *asesinato*, y no te detienes á pensar que lo que nuestros enemigos llaman asesinato, fué, es, y debe ser llamada venganza, justicia, reparación.

Y pues Dios lo ha querido, llegado es el momento de que puedas explicarte la razón que he tenido y tengo para oponerme á tus locos amores con Catalina López de Cardona.

Niño, su padre, murió á mis manos: yo le maté.

—¡Jesucristo!—exclamó Alvar anonadado.

—Sí,—continuó Rodrigo con inexplicable encono,—yo le maté en una noche á esta semejante, y al pié de una escala también semejante á la empleada por Esperanza.

Aquella escala apoyaba su extremo superior en la ventana del aposento de nuestra madre, y de aquel aposento vi yo salir á Niño López de Cardona.

Alvar se irguió como león que se siente herido por la flecha del bárbaro cazador, y apoyando ambas manos de sus brazos extendidos en los hombros de su hermano.

—¡Mi madre!—exclamó—¡mentira! Rodrigo di que mi madre es más pura que el rayo de sol del que sus ojos tomaron la luz que los ilumina!

A cuya invocación Rodrigo no menos fiero contestó:

—De la pureza de nuestra madre salió garante nuestro padre; pero Niño hubiera podido intentar desmentirle y por eso le maté en flagrante tentativa de delito.

Y ahora responde; Alvar: ¿su muerte fué asesinato, ó venganza, justicia y reparación?

¿Qué hubieras tú hecho en mi caso?

—¡Matarle!—contestó Alvar con suprema energía y dejando caer después sus brazos con mortal desaliento, levantó al estrellado cielo sus ojos impregnados de amaraguisimas lágrimas.

—¡Valor, hermano mío!—replicó conmovido Rodrigo.

A lo que Alvar contestó:

—¡Ay de mí! ¿por qué no me lo dijiste á tiempo oportuno?

¿Por qué callando el motivo te opusiste á mi desventu-

rada pasión, consiguiendo sólo, al hacerlo así, aumentar mi amor por Catalina?

¡Ay de mí! que ni aun puedo demandar consuelo á la muerte sin privar á nuestra madre, y nuestra hermana de un defensor en los males que les amenazan y á tí de un auxiliar en esa empresa!

¡Desventurado de mí! ¡sí, cien veces desventurado!

¿Qué cruel y bárbaro destino á admirar la belleza de Catalina me condujo, y prendarme me hizo de sus encantos y virtud?

¿Por qué ¡ay! no morí de muerte de rayo en el instante mismo en que por amarla como la amo me sentí el más venturoso hombre nacido?

¡Ay de mí, que hoy nazco á la realidad de la vida, en noche infausta de misterios horribles y mortales desengaños!

¡Sí, es verdad! ¿como podré yo amar á la hija que los Ponce dejaron huérfana, siendo yo un Ponce de León y ella una López de Cardona?

¡Ah! maldito mil veces aquel cuya fortuna sembró entre las dos familias el odio que á extremo tal nos ha traído!

¡Maldito yo, que herido por el dolor cruel que me atormenta, quisiera no haber nacido!

Maldito aquel.....

Alvar no pudo articular las palabras que debieron haber completado la frase.

Las lágrimas bañaban su pálida y dolorida faz, y los sollozos ahogaban la voz en su garganta.

Rodrigo permanecía mudo y espantado de tamaño pesar, é inmóvil en el lugar en que hasta entonces permaneciera, miró con espantados ojos á su infeliz, infeli-

císimo hermano, quien no pudiendo sin duda soportar el exceso de sus penas cayó en tierra presa de violento accidente y demente delirio.

Rodrigo se sintió sobrecogido de invencible pavor y llegándose al portón llamó á su hermano Juan con alteradas y altas voces.

Juan acudió á los cortos instantes, y Rodrigo, sin explicarle cosa alguna, le enteró del accidente que Alvar sufría, y en medio del cual sus labios repetían con sonidos semejantes al estertor del moribundo el nombre idolatrado de Catalina.

—¿Qué tiene Alvar?—preguntó Rodrigo.

Y Juan contestó:

—La más grave enfermedad de las almas; el desengaño.

—¿Y no hay remedio para eso?

—¡Sí le hay—respondió Juan afectado;—no tener madre, no tener hijos, no tener afecciones que nos liguén á la vida, y no teniéndolos morir!

A esto replicó Rodrigo hablando casi solamente consigo mismo.

—¡Dichoso quien como yo tiene seco el corazón!

Capítulo II

Paloma y gavián

MIENTRAS ausente de México Delgadillo tenía con Esperanza Ponce la extraña entrevista á que no hace mucho asistimos, García del Pilar esperaba con impaciencia la media noche para dirigirse á la calle de las Atarazanas y llegar á la casa á que oímos á Hernán López hacer referencia en la conversación que con aquel sostuvo, en el zaguán de la morada del oidor.

Cuando la hora fué llegada, Pilar colgó de su cintura los ganchos de dos pedreñales, que eran una especie de grandes y voluminosas pistolas, á las cuales se les daba fuego con chispa de pedernal que, por medio de un resorte, iba á chocar sobre la cazoleta de la pólvora, con un eslabón fijo cerca de ella.

Ciñóse también una magnífica espada de taza y un agudo y ancho puñal, y embozándose en su amplia capa negra, salió de su habitación.

Después de un cuarto de hora largo, nuestro hombre entró en la calle, y antes de avanzar por ella registró con la vista cuantos rincones y sombras pudiesen haber servido de escondite á un hombre.

Asegurado de que ninguno había, llegóse á una casa de pobre apariencia, tomó en su diestra el llamador de hierro, y á dejarle caer iba, cuando mudando de intención, le soltó sin hacer ruido y acercándose á una ventana fuertemente enrejada dió en las maderas tres golpecitos ligeros, y esperó.

—¿Quién?—preguntó en el interior una voz, casi infantil, de mujer.

—Abre, María,—respondió Pilar.

—¡Ah! ¿sois vos, D. Felipe?—dijo la misma voz infantil, á la vez que se abría la ventana.

—Sí, hija mía, yo soy;—replicó Pilar con acento de ternura.

—¿Y por qué esta noche no entráis?

—No tengo tiempo, hija mía, y apenas podré hacer más que saludarte y partir en seguida.

—¡Ah! señor, qué extraña es la noche que no hacéis y me decís lo mismo!

—¿Y qué quieres, hija mía, que yo haga? nadie, te lo juro, lo siente más que yo: son tan dulces los instantes de mi vida que á tu lado paso!

—Pues no se conoce, D. Felipe, puesto que hacéis lo que hacéis. Yo que no soy menos dichosa que vos, cuando os veo y hablo, quisiera, y yo sí que digo verdad, quisiera, repito, no separarme nunca de vos.

¿Por qué no me lleváis con vos, D. Felipe?

¿Hasta cuando vais á tenerme en esta fastidiosa y perpetua reclusión?

¿Por qué no me lleváis con vos, á vuestra casa, que según me han dicho es de las más hermosas de la ciudad y también de las que más se distinguen por la alegría y esplendor de las fiestas que en ella dáis?

—¿Quién te ha dicho tal cosa, hija mía?

—¿Quién? ¿os extraña, eh? pues no he de decíroslo si no me prometéis ántes llevarme con vos á vuestra casa.

Llevadme, D. Felipe, llevadme con vos; yo os lo ruego: ved que es una iniquidad el encierro en que me tenéis y que á los quince años, que son los que de vida cuento, estas reducidas paredes me ahogan y sofocan y me hacen sufrir mucho.

Dicen que es tan bonita vuestra casa, que hay en ella tanta comodidad, tanto lujo!...

—¿Acaso, hija mía, no he procurado alhajar esta que habitas como alhajada tienen la suya las princesas reales?

—No lo niego, porque mentiría y sería una ingrata: la humilde fachada de esta casa no revela ciertamente su comodidad y lujo interiores; pero lo repito, tengo quince años, soy hermosa, como á reina me habéis educado é instruído, y hé aqui que por un empeño que no me explico, no me dejáis lucir en el mundo, ni mi juventud, ni mi belleza, ni mi educación.

Otro cargo más grave todavía tengo que haceros.

—¿Cuál es él, hija mía?—preguntó García del Pilar cuyo semblante irradiaba destellos del más supremo goce, de la más infinita dicha.

De todo lo que hay y en el mundo existe, me habéis hablado, y todo lo conozco por las explicaciones y pinturas que me habéis hecho; pero una cosa me habéis

ocultado cuidadosamente, y esa cosa yo la he descubierto, y es tan buena, que no os perdono ni os perdonaré jamás que me la hayáis ocultado.

—¿Y puedo saber lo que es esa cosa?

—¿Ya lo creo! ¿no veis, D. Felipe, que soy tan feliz en haberla descubierto, que el gozo no cabe en mí?

—Habla, habla, hija mía, ¿qué nombre tiene esa felicidad?

—Esa felicidad se llama, D. Felipe, *el amor*.

García del Pilar púsose lívido como un cadáver, y repitió maquinalmente.

—¡El amor!

—El amor, sí, padre mío: así me ha dicho que se llama esta felicidad que inunda mi sér, el hombre que me la ha inspirado.

—Pero qué, hija mía, ¿tú amas?

—Sí, padre mío, amo si amar es ser feliz, muy feliz, extraordinariamente feliz.

—Sí, eso es, en efecto el amor, hija mía: ¿pero desde cuándo amas tú?

—¿Desde cuándo? ¡Ah! sí, he sido con vos una ingrata que no merece perdón; pero sois tan bueno, D. Felipe, que estoy segura que, aunque yo no lo merezca, vos me lo concederéis.

—Tal vez lo haga así, pero para que hacerlo pueda, necesito que me digas la verdad, toda la verdad, sin ocultarme ni esconderme ni el más mínimo detalle.

—Ya lo creo que os la diré toda, absolutamente toda: como que así se lo he prometido esta noche al hombre á quien amo.

—¿Esta misma noche!

—Sí, esta misma noche: media hora antes de que vos

vinieseis estuvo él aquí, apoyado en esta misma reja en que vos os apoyáis.

—Y bien, hija mía, ¿quién es él?

Eso es lo que no he de deciros hasta lo último.

—¿Por qué, hija mía? ¿no comprendés cuánto interés puedo yo tener en saber si el hombre que te ha revelado ese secreto de que yo no te había hablado, te merece y es digno de tí?

Si lo creo, y juraros puedo que me merece y es digno de mí.

¡Vaya si lo es!

¡Si vierais qué bueno, qué respetuoso es conmigo!

Dice que me adora, que me idolatra, que soy la virgen de sus sueños, que... ¿pero para que voy á deciros las cosas que él me dice, y que al repetir las yo, me parecen tonterías, á pesar de que cuando salen de sus labios me parecen las más dulces, ingeniosas y bonitas que es posible decir?

No, no quiero quitarles toda la gracia que tienen dichas por él.

Ya veréis, ya veréis; yo os prometo que en la primera ocasión que se presente, le obligaré á que me las diga delante de vos y vos mismo juzgaréis si tengo ó no razón para elogiar la gracia y gentileza de sus amorosos discursos.

Ya veréis, ya veréis, cómo os agrada.

Y lo más curioso es que siempre me repite lo mismo, y sin embargo, jamás me canso de oírle, y siempre encuentro cuanto me dice bonito y nuevo.

Esta noche es la única en que me ha dicho algo distinto de las otras noches.

Me ha dicho, por ejemplo, lo siguiente:

«Mira, María; llevamos muchos días de vernos y hablárnos por tu reja, y como siempre nos vemos y hablamos con creciente placer, podemos tener por seguro que Dios nos ha creado el uno para el otro, y que nos amamos con todo nuestro corazón.

»Puesto que tenemos esa seguridad, no debemos ocultárselo por más tiempo á tu buen padre.

»Es, pues, necesario, porque de otro modo pecaríamos contra Dios y contra él, es necesario que á más tardar esta misma noche le descubras que nos amamos, y que esperamos que él nos dé su permiso para continuar amándonos.

»Pero antes piénsalo bien, mi idolatrada María; medita si en efecto me amas tanto como yo te amo, y si después de meditarlo tu corazón y tu conciencia te dicen que sí; sin demora díselo á D. Felipe, y convéncele de que toda tu felicidad se cifra en amarme.

»Así lo manda Dios, y ese es tu primer deber para con tu padre.»

Siguiendo su consejo, medité y encontré, en efecto que yo amo á ese hombre al extremo de que sin él nada quiero, nada deseo, ni comprendo la felicidad.

¿Qué contestáis á esto, padre mío?

La niña dejó de hablar esperando la respuesta de García del Pilar, que quizás nunca sufrió tanto como durante la ingenua relación de su hija.

Porque María, era en efecto su hija.

Su nacimiento fué el resultado de una aventura amorosa de García del Pilar con una noble dama española, á la cual cortejó en Cádiz, algunos años antes de haberse trasladado al Nuevo Mundo.

En aquel tiempo, García del Pilar era casi un niño:

la dama era casada y hallándose hacia dos años ausente su marido, fué necesario que Pilar recogiese el fruto de tan ilícitos amores, y dióle á criar á una hermana suya, ya entrada en años, que tomó á la pequeña María un entrañable cariño.

Pilar se trasladó al Nuevo Mundo, y en él corrió tan larga y enredada serie de aventuras, que olvidó á su hermana y á su hija, convirtiéndose en el dañino y perjudicial sér que conociendo venimos.

Hacia poco más de un año que la anciana hermana, sabedora de la fortuna que en las nuevas tierras había hecho Pilar, con mil trabajos y peligros logró trasladarse á México, donde murió poco tiempo después de haber entregado la niña á su padre.

Capítulo III

De sorpresa en sorpresa

CUANDO su hermana presentó á García del Pilar aquella niña que contaba entonces poco más de doce años, el jóven aventurero quedó admirado de su belleza extraordinaria, y súbito se despertó en su corazón el sentimiento del amor paternal, ingénito y vivo en todo sér humano, cualquiera que sea el grado á que haya podido llegar su perversión moral.

Además, la niña se daba á querer naturalmente, y demostró á Pilar un tan acendrado amor filial, que sólo esta demostración hubiera bastado para obligarle á idolatrarla como la idolatraba en efecto.

La hermana de Pilar, que siempre fué una buena y santa mujer, había enseñado á María á amar á su padre, y de tal modo le ocultó sus defectos y tanto le habló de las virtudes que le suponía adornado, que la niña creía

en su padre tanto como en Dios, y le amó con entusiasmo y efusión.

Quizás esta bella conducta de su hermana contribuyó y no poco á sensibilizar las fibras paternas del corazón de Pilar, y conmovido tiernamente, procuró ser para su hija un padre modelo, y cuidadosamente le ocultó su mala fama, detestables hechos y feroces inclinaciones.

No le fué difícil esto porque García del Pilar no era conocido de su hija con este nombre, sino con el verdadero de bautismo y familia, que era el de D. Felipe de Mendoza.

Este cambio de nombre había obedecido á la conveniencia de borrar toda huella por la cual pudiese dar con él el ofendido esposo de la amante criminal.

Ya hemos dicho, y nuestros lectores lo han visto por sí mismos, que bajo estos nuevos nombres el padre de María llegó á ser uno de los individuos más dañinos y perjudiciales que á la Nueva España pasaron.

Cediendo á un impulso de natural pudor, Pilar no descubrió á su hija su cambio de nombre y continuó siendo siempre para ella D. Felipe de Mendoza.

Conocedor como ninguno de la desmoralización que imperaba en la Colonia, todas sus fuerzas tendieron á evitar que su hija se contagiase, y no sólo no dijo á nadie que tal hija tuviese, sino que procuró aislarla, casi en lo absoluto, del trato de las gentes.

La niña se prestó á ello con la más buena voluntad: tenía un carácter extremadamente dulce y humilde.

Pilar adquirió en la calle de Atarazanas una casa que destinó á morada de su hija, y sin quitarle la pobre apariencia de su exterior, la compuso y alhajó en el interior con extremada esplendidez, convirtiéndola en un peque-

ño palacio en el que nada faltaba de cuanto exigen la comodidad, el lujo y bienestar.

Muerta su hermana, García del Pilar pasó trabajos indecibles para encontrar un persona de moralidad y garantías suficientes para confiarle la guarda y cuidado de María, á la que no quiso llevarse á vivir con él.

Al fin creyó encontrar esa persona en una mujer anciana y española, llamada Marta Quevedo, viuda de un soldado de los que al país trajo Pánfilo Narváez.

Durante dos años casi justos, nada tuvo que sentir de ella, pues con facilidad tomó gran cariño á María, y la servía y celaba como si cosa suya fuera.

La primera queja que de ella iba á tener se basaba en la ingenua confesión que María estaba haciéndole en la plática que á medias del precedente capítulo dejamos interrumpida para hacer estas explicaciones.

Volvamos á ella.

Ansioso de conocer todos los pormenores de aquella ignorada pasión de su hija, García del Pilar procuró no interrumpirla ni hacerla observación alguna de tantas como se le ocurrieron en montón.

Su inquietud y su impaciencia eran sin embargo extremadas.

¿Quién podría ser el hombre que su hija amaba?

Creía saberlo, creía conocer su nombre: la amenaza de Hernán López habíale hecho suponer que él fuese.

Pero si en efecto era él ¿qué móvil podría haber tenido al aconsejar á María que le descubriese el secreto de sus amores?

Si sus intenciones eran de vengar en María á Esperanza Ponce ¿qué objeto podría llevarle á descubrirse de tal modo?

Además ¿era posible que María se hubiese de él enamorado?

Desgraciadamente para Pilar no le fué difícil convenirse de que nada tendría esto de extraño.

Hernán López era más joven que él; contaba apenas veintiocho años; era apuesto, galán, decidor, y merced á la protección de Peralmindez estaba rico y gustaba lucir sus galas y donosura.

¿Amaba acaso á María?

García del Pilar no quería, como no lo quiere ningún padre, que su hija se le casase, porque en el amor paternal hay un santo egoísmo que se aflige y mortifica de pensar que un advenedizo, un cualquiera, pueda llegar á privarle del amor inefable de aquel sér angelical, por él criado y cultivado como se cria y cultiva la más bella y querida planta de los jardines del alma.

Sin embargo, García del Pilar, en aquella situación, hubiera dado la mitad ó las tres cuartas partes de la vida que le quedase, por poderse convencer de que Hernán López amaba á su hija.

Y era que pensaba que si Hernán López la amaba ver daderamente, su venganza no podría conducirle á deshonrar y seducir á María.

Pero ¡ay! no podría estar seguro de ello.

Por el contrario, todo le indicaba que las intenciones de Hernán López no eran ni rectas ni honradas.

Si hubiéralo sido no le habría recordado á Esperanza Ponce, ni la parte tan directa que tomado había en inclinar hacia la joven la voluntad de Delgadillo.

No le habría dicho que esta infame tercería había mado en él las ilusiones; y no hubiérale amenazado con

matarle en el mismo momento en que convencerse pudiera de que estaba vengado.

Pero todas estas dudas y todos estos temores y sobresaltos, ocultó García del Pilar á su hija, queriendo, ya lo dijimos no interrumpirla y llegar así cuanto antes al conocimiento de la verdad, cualquiera que ella fuese.

En este grado de preocupación le sorprendió su hija preguntándole, como dije en su lugar.

—¿Qué pensáis de esto, padre mío?

—¿Qué pienso? ¿sobre qué?—dijo Pilar queriendo darse tiempo para buscar la respuesta conveniente.

—¿Cómo sobre qué? ¿No habéis, pues, oído lo que os he dicho? ¿Qué es eso, D. Felipe, qué tenéis esta noche?

Parecís más preocupado que de costumbre, y no me explico por qué, á manera de galante cortejador, preferís que hablemos á través de esta reja cuando más oportuno y conveniente sería que entraseis á la casa.

Entrad, padre mío, yo os lo ruego, aquí dentro podremos hablar sin que nada distraiga vuestra atención, y sobre todo podré estrecharos entre mis brazos y cubrir de besos vuestra frente.

Necesito quereros esta noche más que ninguna otra, á fin de ganar vuestra aprobación y vuestro consentimiento.

¡Entrad, D. Felipe; soy tan feliz, padre mío! ¡Entrad, entrad!

—No, hija mía, no puedo entrar esta noche; ya te lo dije, estoy muy de prisa esta noche, y sobre todo al llegar á esta calle creí distinguir en la sombra á un embuzado, y por si acaso fuese algún enemigo mío, me conviene verle venir, y evitar que al salir de esta casa pueda sorprenderme.

María soltó una carcajada que por lo dulce y armoniosa pareció alegre cascada de notas salidas de la garganta de un ruiseñor, y repuso con gozosa é infantil alegría.

No temáis, padre mío, á ese embozado: puedo aseguráros que es *él*.

—¿Pero quién es *él*?

—*El* es el hombre que me ama y á quien yo amo.

Poco antes de que vos llegaseis se retiró diciéndome que cuando os vea alejaros volverá á saber vuestra resolución.

—¿Eso dijo?—preguntó más bien exclamó Pilar frunciendo el entrecejo y llevando involuntariamente la mano á la empuñadura de su espada.

—Eso dijo,—contestó María sin notar cosa alguna en su padre.

—Pero dime, hija mía,—añadió Pilar procurando dulcificar su voz para no asustar á su hija,—¿tu criada Marta, sabe que estas citas tienes con ese hombre á quien amas?

—¿Qué ha de saber, padre mío? Nada, absolutamente nada; ya veréis, ya veréis qué sorpresa va á ser la suya cuando yo le diga que ya tengo galán y que vos aprobáis mi elección: sólo por eso tengo ganas de que me déis vuestro consentimiento.

—Pero dime, hija mía ¿cómo has logrado que Marta no se entere de tus entrevistas?...

—Muy sencillamente, padre mío, y voy á decíroslo.

Hace unas quince noches que á poco de haberos vos retirado de esta casa y cuando ya iba á recogerme, sentí que tocaban á esta ventana dando en ella golpecitos en

un todo iguales á los que dais vos cuando no queréis que os abramos la puerta.

Tate, dije ¿qué se le ofrecerá á mi padre? y corrí á abrir la ventana.

¿Qué susto tan horroroso me llevé!

No eráis vos quien llamaba: era *él*.

—«Bella dama,—me dijo,—perdonadme la osadía con que me atrevo á dirigirme á vos, pero soy un hidalgo caballero, y no habré de haceros, os lo juro, ni la más leve ofensa.»

Yo no sé qué pasó por mí, pero es el caso que aquellas palabras sonaron á mis oídos como una música divina, y por más que quise retirarme no lo pude hacer y permanecí, como si no supiese lo que por mí pasaba.

Me dijo,... yo no sé lo que me dijo, pero encantada me dejó y desde luego me sentí presa en las cadenas que hoy me ligan á él.

En lo más dulce y gustoso de su plática acertó á sorprendernos la buena Marta, y ¡Dios mío! no puedes figurarte cómo se enfadó y qué cosas tan feas y tan duras dijo á aquel caballero á quien ella no conocía, no pudiendo saber, por lo tanto, con cuán buena intención se había á mi acercado.

Yo me afliji mucho y á mi pesar la obedecí cuando me mandó retirarme á otra habitación....

Pero antes de retirarme noté que él me hacía una seña cuyo significado adiviné.

En esta seña me dió á entender que volvería.

Volvió en efecto, pero no aquella noche, sino al siguiente día, ya al pardear la tarde.

Trabajo me costó reconocerle.

Venia disfrazado de operario carpintero, y Marta, sin

conocerle, le dejó entrar, porque dió la casualidad que dos días antes había pedido al maestro de la esquina le enviase un operario para que hiciera algunas composuras.

Sin descubrirse ni aun á mí, esperó á que se le presentase la ocasión de poderme hablar á solas, y cuando el caso llegó, se me dió á conocer y me entregó un pomito con narcótico, recomendándome que procurase hacerle beber unas cuantas gotas, cinco á lo más á Marta, administrándoselas en agua ó en vino á la hora de la cena.

Después de asegurarme de que no era ningún veneno que pudiese hacer daño á Marta, le ofrecí cumplir su recomendación, y merced á ese narcótico he podido hablar todas las noches con él.

Oyendo tal revelación, García del Pilar estuvo orillado á estallar en explosión de cólera, pero ante la importancia que para él tenía el no asustar á su hija, obligándole á callarle el resto de la verdad, se moderó y aun pudo aparentar contento y tranquilidad.

—Pero hija mía,—observó,—en esto hiciste muy mal; si ese hombre te hubiese engañado; si en vez de un narcótico te hubiese facilitado un veneno...

María volvió á reir y replicó:

—¿Qué veneno había de ser?

—¿Qué sabías tú?

—Vaya si lo sabía, como que para convencerme de que era un inocente narcótico en mi presencia se echó algunas gotas en la palma de la mano y las bebió inmediatamente.

—¿Y cuánto tiempo dura el efecto de ese narcótico?

—Dura hasta que se le le hace aspirar al narcotizado

esta sal que tengo en este otro pomito, y que también me dió él.

—Y dime, hija mía ¿también te dijo él que me descubrieses lo del narcótico?

—Al contrario, me recomendó mucho que lo ocultase, pero sois, padre mío, tan bueno para conmigo y tengo sobre todo tanta necesidad de deciroslo todo para que continuéis amándome, que aun á riesgo de que se enfade conmigo, todo quiero deciroslo. Estoy segura de que si se enfada, no le durará mucho el enojo, ¡me quiere tanto!

—Bien, si; quiere decir que en estos momentos Marta está bajo la influencia del narcótico.

—Si lo está: viendo que iba á ser la hora de que vinieseis iba yo á despertarla, cuando tocasteis á mi ventana: creí que fuese él que volvía y... ya lo véis me he distraído y la he dejado continuar durmiendo.

Pero dejadla; ya la despertaré; al fin y al cabo cuando la despierto se enfada conmigo, porque, según dice, sueña cosas verdaderamente deliciosas.

García del Pilar estaba sufriendo en aquellos instantes tormentos indecibles, producidos por el firme propósito que habíase formado de tener calma y prudencia hasta donde fuera necesario.

Capítulo IV

La prueba

PERO por más que disimular quiso su impaciencia y sus enojos, no pudo evitar que María notase algo extraño en su padre.

—¿Qué tenéis, D. Felipe?—dijo;—estáis enfadado conmigo?

—¿Contigo? ¿por qué hija mía? ¿puedo hacer menos que amarte como te amo, con verdadera idolatría?

¿No lo mereces tú acaso?

Lo único que me aflige y apesadumbra es, hija mía, el exceso de tu credulidad y tu inocencia.

¿Lo crearás? estas prendas que constituyen tu mayor mérito, envuelven á la vez tu mayor peligro.

Me asusta el pensar que ese hombre á quien amas con toda la irreflexión de tu alma infantil, pudiera haber abusado de tu candor.

Tu desconocimiento de la vida, tu inexperiencia, la facilidad con que porque tú eres buena juzgas buenos á los demás, puede, lo repito, hija mía, exponerte á atroces peligros.

Ese hombre á quien amas hizo mal, muy mal, en inclinarte á usar de tal narcótico, y hubo imprudencia en tí al ministrárselo á Marta, puesto que así te privaste de la única persona que en caso dado pudiera haberte defendido.

—Noto, padre mío,—replicó la joven,—que me juzgáis mejor de que soy en realidad.

—¿Qué quieres decir?—exclamó Pilar alarmado.

María rió con una de sus encantadoras carcajadas, y repuso:

—No os alarméis, D. Felipe, no os alarméis; vuestra hija es digna de vos y sabe, cuando las circunstancias lo exigen, guardar vuestro honor y el suyo.

Oídme:

Hace tres noches, sí, eso es, tres precisamente, mi enamorado galán estuvo, cual ninguna, tierno y expresivo.

Yó estaba encantada y me sentía feliz, muy feliz, en extremo feliz.

De súbito, mi galán, cubriendo mi mano de dulcísimos besos, me rogó que le permitiese entrar para echarse á mis piés, y evitar de ese modo que cualquiera que por esta calle pasase pudiera, al vernos en amorosa plática, sospechar de mi honradez.

Semejante súplica me desagradó en extremo, y sonó tan mal en mis oídos, que sacándome de mi amoroso arrobamiento, me convertí en fría estatua, personificación del más lato desdén.

Mucho, creedlo, mucho tuvo que insistir y mucho tu-

vo que luchar mi galán, para que yo no le despidiese de mal talante, y mi disgusto fué tan grande que me negué á perdonarle hasta la siguiente noche.

Ya veis, D. Felipe, que no soy tan buena como juzgáis, puesto que si alguna mala intención guió á mi galán á hacerme aquella súplica, sospeché y me disgustó la intención.

—Bien, hija mía, muy bien, y eso me consuela y tranquiliza; pero el tiempo pasa, necesito retirarme y aun no me has dicho el nombre de tu galán.

—Aun no es tiempo, padre mío, aun tengo muchas cosas que deciros: tened, pues, un poco de paciencia y escuchadme si queréis saber su nombre.

—¿Pero qué objeto puedes tener en callarle?

—Voy á deciroslo.

Mi enamorado galan es, según él me ha confesado con rubor y vergüenza, uno de los amigos predilectos de ese hombre funesto para todo el mundo, llamado García del Pilar.

Al oír esto Pilar lanzó una exclamación de cólera que por fortuna entre dientes pronunció.

—¿Os disgusta lo que acabáis de saber? Bien lo había adivinado mi galán, y por eso me recomendó que usase de la mayor prudencia para haceros esta revelación.

Pero tranquilizaos, padre mío; él me ha asegurado que en cuanto deis vuestro consentimiento á nuestros amores, dejará el servicio de García del Pilar y entrará al vuestro y se convertirá en el más fiel de vuestros amigos.

«Tiempo hace,—me ha dicho,—que aborrezco á García del Pilar, á quien vos, María, debéis también aborre-

cer, porque es uno de los mayores y más viles enemigos de vuestro padre.

»Aborrecedle, María, porque el tal García del Pilar es un miserable poseído del demonio, para el cual nada hay santo ni respetable.

»Reptil degradado y asqueroso, ha rebajado su dignidad al extremo de haberse convertido en tercero de los caprichos de sus amos, y por este medio ha sumido en la desgracia á cien familias y causado la deshonra de cien hermosas y desventuradas doncellas.

»Ladrón y bandido por naturaleza é inclinación, se ha enriquecido con el robo y el pillaje, y sus manos están tintas en la sangre de millares de víctimas por su mano ó su causa sacrificadas.

»El ha empobrecido y desolado estos reinos; él ha cometido atroces asesinatos y despojos en los infelices indios, y el santo obispo de México y los venerables franciscanos, son por él vejados, maltratados y perseguidos.

»Seguro estoy de que la reclusión en que vuestro padre os tiene en esta casa, obedece al temor de que García del Pilar llegue á veros algún día, pues si tal desgracia sucediera, nadie podría evitar vuestra deshonra ó vuestra muerte, si vuestra virtud no consintiese lo primero.»

Sobre este tema continuó discurriendo largamente, y tan al vivo y con tan negros colores me pintó á ese odioso García del Pilar, que, creedme, le odio y abomino con toda la fuerza de que soy capaz.

«Tal es el hombre,—concluyó diciendo,—al cual la fatalidad me tuvo unido hasta el instante feliz en que os conocí y amé, mi querida María.

»Mas, por suprema bondad de Dios, yo no participo de su perversidad, y, antes al contrario, todo el mundo

sabe que yo evité mil veces, y mil veces impedí que Pilar aumentase la lista inmensa de las víctimas de su brutalidad.

«Vuestro padre lo sabe también así: estoy de ello seguro, pero si á pesar de todo, teme que yo no sea mejor que ese odioso Pilar, decidle que estoy dispuesto á someterme á cuantas pruebas quiera imponerme, obligándome á no volver á veros hasta el instante en que él mismo, juzgándome enteramente compurgado, me lo consienta y permita.»

María dejó de hablar y en medio del espantoso despecho de que Pilar se sentía poseído, pudo sin embargo sonreír, si bien de un modo siniestro, al escuchar las últimas palabras de la joven, referentes al ofrecimiento de su galán.

María preguntó entónces.

—Y bien, padre mío, ¿qué respondéis á cuanto acabo de decirlos?

—Respondo, hija mía, que creo haber reconocido ya á tu galán por la pintura que de él me has hecho, y si en efecto es la persona que yo creo, no tengo inconveniente en que á la suya unas tu suerte siempre que sea capaz de someterse á la prueba que él mismo te ha propuesto.

—¡Oh! padre mío,—exclamó con transporte la joven; ¡cuán bueno, sí, cuán bueno sois conmigo, y cuanto os amo!

—Esto y mucho más mereces, idolatrada hija mía; pero, lo repito; tu galán sospechó cuerdamente que hasta tanto que yo me conwenza de que no es otro tal como ese Pilar, de quien tanto y tan mal te ha hablado, no consentiré en su unión contigo.

Y aquí es donde vas á probarme, hija mía, que eres digna de mí y que mereces la felicidad que has entrevisto en el amor de tu galán.

—Os lo probaré, padre mío, os lo probaré, puedo jurarlo.

—En ese caso, dime que estás resuelta á dejar de ver durante un poco de tiempo, que procuraré no sea largo, á tu galán.

—No verle, padre mío, ¿por qué?

—Esa es la primera prueba á que someterle quiero.

Si en efecto te ama; si en efecto es un honrado y leal caballero, por tal de volver á gozar de tu vista y conversación adorables, se apresurará á demostrarme que no está inficionado con la perversidad de ese Pilar, y de este modo acortaremos el término de la prueba.

¿Consientes en ello, hija mía?

María tardó algún tiempo en contestar, porque el llanto y los sollozos la ahogaban, pero al fin dijo:

—Padre mío, esta separación, esta ausencia que me proponéis me martiriza y apesadumbra, porque amo á mi galán de tal modo que no me parece posible vivir sin verle y escuchar sus melodiosas galanterías.

Pero por lo mismo que tan grande es mi amor, de todo me siento capaz, aun de este atroz sacrificio.

Consiento, pues, padre mío, en no volverle á ver ni hablarle, hasta que vos mismo le traigáis á mí para hacerle mi esposo.

Y ahora, padre mío, sabed el nombre del sér á quien después de vos amo más en este mundo.

¿Se llama, Hernán López!

—¡Lo había adivinado!—contestó Pilar mordiéndose con ira los labios hasta sacarse sangre de ellos;—lo sabía

y por eso he insistido en someterle á la prueba que él mismo te propuso.

Es en efecto un excelente caballero, al cual juro á Dios dar el premio que merece.

Y ahora, hija mía, nuestra entrevista ha concluído por hoy: retírate á descansar, pero antes dame el pomito del narcótico y conserva tú el de la sal con que debes despertar á la buena Marta.

Ahora, hija mía, retírate y no te entregues al dolor que mi determinación te ha causado; piensa, María de mi corazón, que sólo por tu bien lo hago, y que por tal de verte feliz un día de tu vida, soy yo capaz de sacrificar con gusto todos los de la mía.

—¡Ah! padre mío, lo creo, sí, lo creo y á Dios pido os bendiga, porque aunque lloro de pena, me habéis hecho dichosa, muy dichosa, permitiéndome amar á Hernán López, en cuyo amor está fundada toda mi felicidad.

—Bendita seas, hija mía,—respondió Pilar conmovido.

Sonó un beso que María imprimió en la frente que su padre acercó á los barros de la reja, y después, Pilar quedó sólo, mudo é inmóvil frente á la cerrada ventana.

Capítulo V

El autor de su desdicha

En vano García del Pilar, hundiendo sus miradas en las sombras, aun las más insignificantes, y aguzando el oído para recoger los rumores más leves, procuró adivinar la presencia de Hernán López en aquellos rumbos.

Ninguna traza de él pudo descubrir.

—Ha huído sin duda,—se dijo, resolviéndose á alejarse después de una larga hora de inútiles pesquisas;— ha huído como cobarde y felón que es.

¡Ah! ¡malditos sean él y su raza, y maldito también el momento en que yo nací!

¡Ay! ¡los tormentos, la inquietud, la zozobra, la desesperación que padezco, son superiores á mis fuerzas!

¡Maldito mil veces el villano que á dar ha ido con lo único que yo amo en la tierra!